

# Somos las hormigas

(We Are The Ants)

Shawn David Hutchinson

TRADUCCIÓN DE ANA RAMÍREZ REQUENA



Kakao  books

Primera edición: Junio de 2020

Título original: *We Are The Ants*

Editorial original: Simon Pulse

Copyright © 2016 by Shaun David Hutchinson

This edition is published by arrangement with Donald Maass  
Literary Agency through International Editors' Co.

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2020

[www.kakaobooks.com](http://www.kakaobooks.com) – [bookskakao@gmail.com](mailto:bookskakao@gmail.com)

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Carmen Ocaña Ordóñez

Traducción: Ana Ramírez Requena

Correcciones: Diana Gutiérrez, Erick Nolasco, David Orión Pena

Maquetación: Scarlett de Pablo

Impreso por Liberdúplex en Barcelona.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez. El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

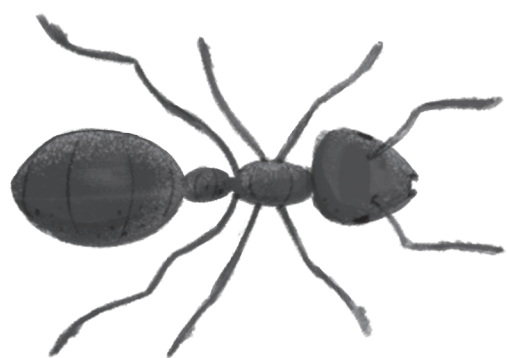
ISBN: 978-84-120288-7-4

Depósito legal: B 10211-2020

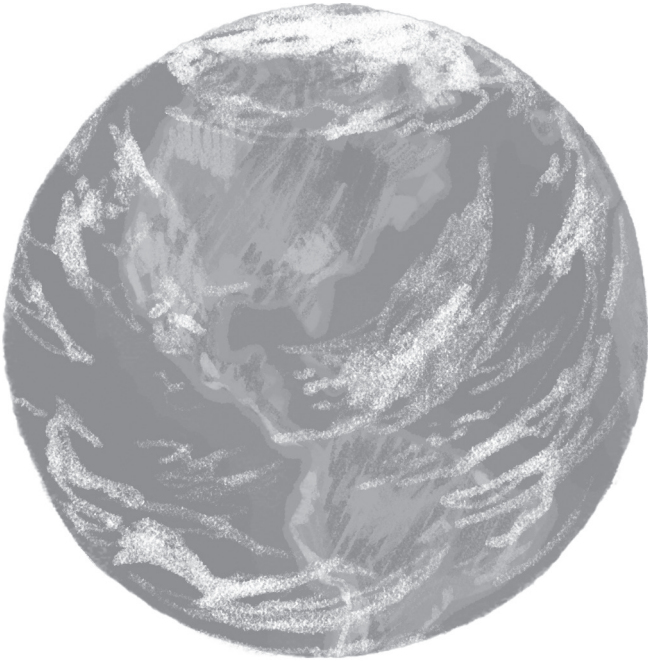
Thema: YF

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización previa de sus titulares. La infracción de estos derechos es constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si desea fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier referencia a hechos históricos, personas reales o lugares reales es ficticia. Otros nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con acontecimientos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.



*Para Matt, mi alienígena favorito*



EXISTEN DOS POSIBILIDADES: O BIEN ESTAMOS  
SOLOS EN EL UNIVERSO O NO. AMBAS SON  
IGUALMENTE ATERRADORAS.

*Arthur C. Clarke*







## TRABAJO DE QUÍMICA PARA SUBIR NOTA

La vida es una mierda.

Párate un momento a considerar tu vida. Piensa en todos esos pequeños rituales que te sustentan durante el día, desde el momento en que te levantas hasta la solitaria medianoche, cuando te bebes cuatro litros de jarabe para la tos para sofocar la insistente voz que oyes en la cabeza. La voz que te susurra que deberías rendirte, que mañana no será mejor que hoy. Piensa en la absurdidad de lavarte los dientes, de discutir con tu madre sobre si la ropa que llevas a clase es apropiada, de los deberes, de las notas y de los novios y de la comida que llevas al instituto.

Y de la vida.

Piensa en la absurdidad de la vida.

Cuando desmontas lo que hacemos cada día y examinas las piezas que conforman nuestros actos, empiezas a entender lo ridículas que son. Los besos, por ejemplo. No dejarías que un desconocido que pasa por la calle te escupiera en la boca, pero intercambias saliva con el chico o la chica que te pone el corazón a mil, que provoca que te suden las axilas y que te empalmes en los momentos más inoportunos. Meterías la lengua en su boca y dejarías que te hiciera lo mismo sin pararte a pensar

dónde ha podido estar su lengua, si te está pegando un herpes labial o una mononucleosis, o si está pasándote un trozo del sándwich de atún que tenía entre los dientes.

Nos depilamos las piernas y las cejas y untamos nuestros cuerpos en cremas y lociones. Nos matamos de hambre para poder entrar en los vaqueros perfectos, y contaminamos nuestros cuerpos con drogas para desarrollar la musculatura y que nos vean fibrados sin camiseta. Conducimos rápido, nos pegamos fiestones y estudiamos para exámenes que no significan una mierda en el gran conjunto del cosmos.

Algunos físicos han postulado que vivimos en un universo infinito que se expande infinitamente, y que todo lo que hay en él se acabará repitiendo. Hay infinitas copias de tu madre, de tu padre y de tu hermanita que te roba la ropa. Hay infinitas copias de ti. A pesar de que te has pasado la vida creyéndolo, no eres un copito de nieve especial. En alguna parte, hay otro tú viviendo *tu* vida. Y es posible que la esté viviendo mejor. Está aprendiendo francés o usando el cerebro en vez de estar tirado en gayumbos en el sofá, comiéndose un bol tras otro de Aritos de Avena con Fruta mientras se pregunta por qué está solo un viernes por la noche. Pero eso no es lo peor. Lo que realmente hará que te tires del puente más cercano es que nada de eso importa. Tú morirás, yo moriré, todos moriremos; y las cosas que hemos hecho, las decisiones que hemos tomado, no importarán absolutamente nada.

Ahí fuera, cerca de algún pueblo de mierda con un nombre como Shoshoni o Medicine Bow, hay una hormiga. No eras consciente de ella. No sabes si es una hormiga soldado, una obrera o la reina. No te importa si está buscando comida para arrastrarla de vuelta al hormiguero o construyendo túneles nue-

vos para las larvas que se retuercen. Hasta ahora, esa hormiga simplemente no existía para ti. Si no la hubiera mencionado, habrías seguido con tu vida, yendo de una tarea tediosa a otra, metiendo la lengua en el pozo de bacterias que es la boca de tu novia, garabateando variaciones de vuestros nombres en la cubierta de tu libreta y esperando a que las ondas electrónicas viajaran por el aire y te dijeran que alguien estaba pensando en ti. Que, durante un instante, tú has sido la persona más importante en la insignificante vida de otra persona. Pero, lo supieras o no, esa hormiga está ahí fuera haciendo cosas *hormiguiles* mientras tú esperas el siguiente mensaje que demuestre que, de los siete mil millones de personas egocéntricas que hay en el mundo, *tú* eres importante. Toda tu autoestima se basa en que crees que importas, que le importas al universo.

Pero no importas.

Porque somos las hormigas.

Yo no perdía el tiempo pensando en el futuro hasta la noche en que los limacos me abdujeron y me dijeron que el mundo se iba a acabar.

No estoy loco. Cuando te digo que la raza humana está condenada, no lo hago hiperbólicamente, como la gente que dice que todos estamos muriendo desde el momento en que nuestras madres nos expulsan de sus cuerpos y nos dejan en un mundo donde todo es más pesado, más brillante y demasiado ruidoso. Yo lo que te digo es que mañana, 29 de enero de 2016, más vale que te despidas de la salsa de chipotle y de los frapuchinos.

Seguramente no me crees (yo tampoco me lo creería si estuviera en tu lugar), pero he tenido ciento cuarenta y tres días

para aceptar nuestra destrucción inevitable, y me he pasado la mayor parte de esos días pensando en el futuro. Me preguntaba si tenía algún futuro o si quería tenerlo, e intentaba decidir si el fin de la existencia es una tragedia, una comedia o algo tan irrelevante como el trabajo de Química que se me olvidó entregar la semana pasada.

Pero lo más gracioso no es que los limacos me revelaran la fecha del fin del mundo, sino que me dieron la opción de evitarlo.

Querías una historia, y aquí está. Empezaré con la noche en la que los limacos me dijeron que el mundo se iba al carajo y, cuando termine, podremos esperar el final juntos.



**7 DE SEPTIEMBRE DE 2015**

La mayor decepción cuando te abducen los alienígenas es la abundancia de gravedad en la nave. Nos pasamos los primeros nueve meses de nuestra vida flotando en un saco amniótico, ciegos y sin peso que cargar, antes de convertirnos en esclavos de la gravedad, y la atracción seductora de viajar al espacio es la promesa de regresar a ese estado de perfección. Pero es una estafa. La gravedad es celosa, sádica e infinita.

A veces pienso que la gravedad puede ser la muerte disfrazada. Otras veces pienso que la gravedad es amor, porque nos exige que caigamos rendidos a sus pies.

Los limacos no son grises como las babosas. No tienen ojos enormes ni una boca fina sin labios. Hasta donde yo sé, ni siquiera tienen boca. Tienen la piel irregular, como si fuera cuero húmedo, y es de todos los colores de una proliferación de algas. Sus ojos negros y esféricos son los extremos de una especie de tallos bamboleantes que les brotan de la parte superior de la cabeza. En lugar de brazos, tienen como apéndices que les crecen del cuerpo cuando hacen falta. Si las llaves de su ovni se les caen al suelo, ¡bum!, brazo al instante. Si necesitan sujetarme o

acallar mis gritos de terror, pueden generar una docena de tentáculos para cumplir con la tarea. Es de lo más eficiente.

Por raro que parezca, los limacos tienen pezones. Son unos botoncillos marrones que parecen tan inútiles como los de la mayoría de hombres. Consuela saber que, a pesar de las grandes diferencias y de los años luz que separan nuestros mundos, siempre tendremos los pezones en común.

Debería poner esa frase en una pegatina para el coche,  
© HENRY JEROME DENTON.

Antes de que lo preguntes: no, los limacos nunca me han metido nada por el recto. Estoy bastante convencido de que se reservan ese trato especial para la gente que habla por el móvil en el cine o escribe mensajes mientras conduce.

La cosa va así: las abducciones siempre empiezan con sombras. Incluso en una habitación oscura, con las ventanas cerradas y las cortinas echadas, las sombras descienden dando vueltas en círculos, como si fueran buitres que sobrevuelan una comidaapestosa.

Después, noto un peso en la entrepierna, como si tuviera que ir a hacer pis; un peso dolorosamente insistente, por mucho que le suplico a mi cerebro que no le haga caso.

Luego, llega la indefensión. La parálisis. La imposibilidad de defenderme. De luchar. De respirar.

La imposibilidad de gritar.

En algún momento, los limacos me llevan a una sala de examinación. Me han abducido ya más de diez veces, y todavía no sé cómo me transportan desde mi habitación hasta su nave. Ocurre en la oscuridad, entre parpadeos, en el vacío entre respiraciones.

Una vez a bordo, empiezan con sus experimentos.

Eso es lo que supongo yo que hacen. Intentar comprender los motivos de una raza alienígena que cuenta con la tecnología para viajar por el espacio es como si la rana que diseccioné con catorce años intentara entender por qué la abrí en canal y deposité sus entrañas sobre la mesa. Los limacos podían estar exponiéndome a radiación letal o llenándome de huevos de limaquito simplemente para ver qué pasaba. Vamos, que puede que yo sea el proyecto de ciencias de una cría de limaco.

Dudo que llegue a saberlo con certeza.

Los limacos no hablan. Durante los largos ratos en que no puedo controlar mi cuerpo, a menudo me he preguntado cómo se comunican. Quizás segregan sustancias químicas como los insectos, o quizás los movimientos de sus tallos oculares son algún tipo de lenguaje, como las danzas de las abejas. O puede que sean como mi madre y mi padre, que se comunicaban exclusivamente dando portazos.

Yo tenía trece años cuando los limacos me abdujeron por primera vez. Mi hermano mayor, Charlie, roncaba en la habitación de al lado y yo estaba en mi cama, traduciendo mentalmente la pelea de mis padres. Quizás creas que todas las puertas suenan igual cuando las cierras de golpe, pero te equivocarías.

Mi padre daba portazos clásicos: mantenía el contacto con la puerta hasta que estaba totalmente cerrada. Esto le daba un control sobre el volumen y el tono, y producía un golpe profundo, sólido y capaz de hacer temblar la puerta, el marco y la pared.

Mi madre prefería la variedad. A veces empujaba las puertas de manera dramática y, otras veces, prefería cerrarlas con un golpe de talón. Aquella noche prefirió un multigolpe, que era ruidoso y efectivo, pero le faltaba sutileza.

Los limacos me abdujeron antes de que pudiera enterarme de por qué se estaban peleando. La policía me encontró dos días después vagando por las sucias carreteras al oeste de Calypso, llevando una bolsa de la compra a modo de ropa interior y lleno de chupetones que no era capaz de explicar. Mi padre se marchó tres semanas después de aquello, dando un portazo tras él por última vez. No hizo falta ninguna traducción.



Nunca me he acostumbrado a estar desnudo delante de los alienígenas. Jesse Franklin me veía desnudo a menudo y aseguraba que le gustaba, pero él era mi novio, así que no cuenta. Creo que estoy demasiado delgado y me da corte, e imagino que los limacos me juzgan por mis defectos: la mancha que tengo en medio del pecho con forma de Abraham Lincoln, la manera en que me sobresalen las clavículas o el culo trágicamente plano que tengo. Una vez, mientras estaba haciendo cola en la cafetería para recibir mi plato de carne picada con puré de patatas, Elle Smith me dijo que tenía el culo más plano que había visto en su vida. Yo no sabía a cuántos culos había estado realmente expuesta una niña de doce años de Calypso, pero el comentario me infectó como una calentura que de vez en cuando resurgía a la superficie y se aseguraba de que nunca olvidara mi lugar.

Una parte de mí se pregunta si los limacos envían a su planeta fotos pervertidas para que sus colegas alienígenas se rían. «Mira el mutante que hemos pillado. Lo llaman un “adolescente” y tiene cinco brazos, pero uno es diminuto y deforme».

No es deforme de verdad, lo juro.



Cuando los limacos terminaron de experimentar conmigo aquella noche, el bloque sobre el que estaba tendido se transformó en una silla mientras yo aún estaba encima. En abducciones anteriores, los alienígenas me habían encerrado en una sala totalmente oscura, habían intentado ahogarme y una vez liberaron una especie de gas en el aire que me hizo reír hasta que vomité, pero nunca me habían dado una silla. Eso me hizo sospechar al instante.

Uno de los limacos se quedó después de que los otros desaparecieran en las sombras. La sala de examinación era la única sección de la nave que había visto, pero su verdadera forma y tamaño quedaban oscurecidos por la negrura a mi alrededor. La estancia en sí era sencilla: un suelo gris con espirales que dan la impresión de movimiento y con cuatro o cinco luces que emergían de las sombras. El bloque que se había convertido en una silla era de color negro obsidiana.

Noté un hormigueo en los brazos y las piernas, y así fue como me di cuenta de que podía moverme de nuevo. Me sacudí para deshacerme de aquella sensación desagradable, pero no podía librarme de la impotencia que campaba a sus anchas dentro de mí; me recordaba que los alienígenas podían desollarme vivo, diseccionar mis músculos para ver cómo funcionaban, y que yo no podía hacer absolutamente nada para detenerlos. Como seres humanos, nacemos creyendo que somos la cumbre de la creación, que somos invencibles, que no existe ningún problema que no podamos resolver. Pero, inevitablemente, morimos con todas nuestras creencias hechas pedazos.

Tenía la garganta seca. Incluso a las ratas enjauladas les dan agua y comida.

—Si estáis poniendo a prueba mi paciencia, debo advertiros que una vez me pasé tres semanas con mi familia en una cara-

vana infestada de cucarachas. El viaje fue infernal. Veintiún días de mi padre perdiéndose, de mi madre saltando por todo y de mi hermano encontrando cualquier excusa para darme puñetazos, y todo ello acompañado de la maravillosa melodía que provenía del tabique nasal desviado de mi abuela.

Nada. Ninguna reacción. El limaco que tenía al lado agitó sus tallos oculares y sus canicas vidriosas lo observaron todo a 360 grados. Eran como esas cámaras de seguridad que se esconden bajo una cúpula oscura; era imposible saber qué estaban mirando exactamente.

—De verdad, fue el peor viaje de mi vida. Cada noche teníamos que quedarnos quietos y fingir que no oíamos a Charlie sacudírsela en la cama de arriba. Estoy bastante seguro de que batió el récord mundial de veces que un chico se ha masturbado mientras comparte espacio con sus padres, su hermano y su abuela.

Un haz de luz pasó sobre mi hombro y proyectó en el aire una imagen tridimensional de la Tierra a poca distancia de mí. Me volví para ver el origen, pero el limaco generó un apéndice y me dio una colleja.

—Espero que eso fuera un brazo —dije restregándome la roncha que me había dejado.

La imagen del planeta estaba meticulosamente detallada. Unas nubes esponjosas surcaban la superficie mientras la imagen rotaba lentamente. Grupos apretados de luces desafiantes relucían en todas las ciudades, tan brillantes como cualquier estrella. Al cabo de unos instantes, un pilar liso de más o menos un metro emergió del suelo al lado de la imagen de la Tierra. Sobre él había un botón rojo.

—¿Quieres que lo pulse?

Nunca tuve la impresión de que los alienígenas entendieran lo que yo decía o hacía, pero supuse que no me habrían puesto ahí un botonazo brillante si no quisieran que lo pulsara.

En cuanto me puse en pie, una corriente eléctrica viajó desde mis pies hasta todo el cuerpo. Me desplomé en el suelo con espasmos. Un chillido ahogado se me escapó de la garganta. El limaco no se ofreció a ayudarme, a pesar de que podía generar brazos a voluntad, y esperé a que las convulsiones se pasaran antes de sentarme de nuevo en la silla.

—Vale, no tocaré el botón.

La proyección de la Tierra explotó y me bañó de destellos y luces. Alcé los brazos para protegerme la cara, pero no sentí ningún dolor. Cuando abrí los ojos, la imagen volvía a estar entera.

—Vamos, que de verdad *no* queréis que pulse el botón.

Bajo la atenta mirada de mi amo alienígena, vi cómo el planeta explotaba siete veces más, pero me negué a moverme del asiento. A la octava explosión, los limacos me electrocutaron otra vez. Perdí el control de la vejiga y me caí en un charco de mi propia orina. Tenía la mandíbula dolorida de tanto apretarla, y no sabía cuánto más podría aguantar.

—¿Sabes? Si simplemente me dijeras qué quieres que haga, podríamos saltarnos la parte del dolor insoportable de este experimento.

Volvieron a restaurar la imagen del planeta, pero, cuando intenté sentarme, me dieron otro chispazo y explotó otra vez. La siguiente vez que la imagen estuvo completa, me arrastré hasta el botón y lo pulsé con fuerza. Se me recompensó con una intensa explosión de euforia que empezó por los pies, me subió por las piernas y se extendió hasta los dedos y las orejas.

Era puro júbilo, como si hubiera eyaculado un coro de angelitos bebé por cada poro de mi cuerpo.

—Eso no ha estado mal.

Perdí la cuenta de las veces que pulsé el botón. A veces me electrocutaban, a veces me inundaban de éxtasis, pero nunca sabía qué esperar. Al menos, hasta que noté un patrón. Eran tan sencillo que me sentí superimbécil por no haberme dado cuenta antes. Que me electrocutaran hasta mearme probablemente no había mejorado mis habilidades de resolución de problemas.

La electricidad y la euforia no eran castigos y recompensas, ni tampoco sucedían de forma aleatoria. Simplemente, eran una forma de hacerme ver que había una relación causal entre si pulsaba el botón y si el planeta explotaba. Los limacos estaban intentando comunicarse conmigo. Habría sido un momento mucho más emocionante de la historia de la humanidad si mi ropa interior no hubiera estado empapada.

Decidí poner a prueba mi teoría.

—¿Vais a destruir el planeta?

ELECTRICIDAD.

—¿Voy a destruirlo yo?

ELECTRICIDAD.

Al final me rendí y me quedé en el suelo.

—¿*Algo* va a destruir la Tierra?

EUFORIA.

—¿Podéis evitarlo?

¡ALELUYA!

Puse los ojos en blanco cuando un escalofrío de placer me recorrió el cuerpo.

—¿Cómo lo evitamos?

Miré al limaco en busca de una pista, pero no se había movido desde la colleja. Lo que sabía era lo siguiente: si pulsaba el botón, la Tierra no explotaba. Cuando no lo pulsaba, sí que explotaba. Pero no podía ser tan sencillo.

—¿Pulsar el botón evitará la destrucción del planeta?

JÚBILO ABSOLUTO.

—¿Y entonces? ¿Todas esas veces que lo he pulsado han sido de práctica?

ANGELITOS BEBÉ POR TODAS PARTES.

—Muy bien. ¿Y cuándo sucederá este apocalipsis?

Yo no sabía cómo los alienígenas iban a responder a una pregunta abierta, ya que nunca antes me habían contestado, pero eran seres capaces de viajar por el espacio; darme una fecha debería estar chupado para ellos. En pocos instantes, la proyección del planeta se transformó en un *reality* que se llama *El búnker* y la voz sobreactuada del presentador me llegó de todas las direcciones a la vez:

—Este grupo de quince desconocidos lleva seis meses encerrado en un búnker. Ahora que solo quedan ciento cuarenta y cuatro días, no querrás perderte ni un solo minuto. Sé testigo de cómo compiten por la comida, el agua, el papel higiénico y por los corazones de unos y otros.

—Vaya mierda de canales os llegan aquí arriba, chavales.

—La imagen del programa se desvaneció y la Tierra volvió a aparecer—. ¿Así que quedan ciento cuarenta y cuatro días?

—Hacer el cálculo mental me llevó más tiempo de lo que pensaba admitir—. ¿Eso significa que el mundo se acabará el 29 de enero de 2016?

EUFORIA MÁXIMA.

Nunca me canso de tener razón.

Cuando se me aclaró la cabeza, llegué a la conclusión de que los limacos me estaban tomando el pelo. Era la única explicación lógica. Me negaba a creer que tuvieran el poder para evitar el fin del mundo, pero que hubieran elegido que la decisión la tomara un don nadie de dieciséis años.

Pero si no era una broma, si la decisión era mía, tenía el destino del mundo en la palma de mi sudorosa mano. A los alienígenas seguramente les daba igual una cosa que otra.

—Solo para que quede claro: ¿tengo hasta el 29 de enero para pulsar el botón?

EUFORIA.

—Y si lo pulso, ¿evitaré la destrucción del planeta?

EUFORIA.

—¿Y si elijo no pulsarlo?

La imagen de la Tierra explotó, la proyección desapareció y las luces se apagaron.